

SERMON UNDÉCIMO.

De la Razon.

La tradicion y la Escritura son los dos grandes depósitos del testimonio divino, los dos manantiales principales de la doctrina de la Iglesia. Sin embargo, estos manantiales son exteriores para el hombre; son una luz que llega de fuera, y si penetrara en el hombre sin encontrar en él una luz recíproca, no sería comprendida, y resplandecería en las tinieblas. Pero no sucede así. Habiendo hecho Dios al hombre una criatura inteligente, le ha dado una luz primitiva *que ilumina á todo hombre que viene á este mundo*, segun la palabra expresa del apóstol S. Juan. Esta luz consiste en ciertas ideas fundamentales, sobre las cuales no podemos remontarnos, y sin ellas carece de accion nuestro entendimiento. Mucho se han ocupado los filósofos en averiguar de dónde emanaban estas ideas: unos han sostenido que provenian de los sentidos; otros que son innatas; y otros que nos son trasmitidas con la palabra que las produce, ó al menos las despierta en nosotros. No discutiremos ninguno de estos sentimientos; bástanos afirmar que existe en el entendimiento cierto número de ideas primitivas, fundamentales, de las cuales se deducen las otras, y constituyen su razon. En tanto que el hombre no tiene la conciencia clara y distinta de estas ideas primeras, es ya una inteligencia, si bien no ha llegado todavía á la edad de la razon; desde que pierde la conciencia de estas ideas primeras y del vínculo que las produce, cae en la insensatez con la locura.

Ahora bien, la razon que emana de Dios, debe estar de acuerdo con el testimonio divino contenido en la tradicion y en la Escritura, sin que la luz esté en contradiccion con la luz, y Dios consigo mismo. ¿Hasta qué punto tiene lugar esta armonía? ¿hasta qué punto esta luz que existe en nosotros da testimonio al testimonio divino? Hé aquí, Señores, el asunto de este discurso.

Ante todo la razon da testimonio en el fondo mismo del misterio que se nos ha manifestado por la tradicion y la Escritura, á saber, el misterio del bien y del mal. No solo tiene conocimiento la razon y

afirma la diferencia del bien y del mal, sino que le afirma con el concurso de otra facultad, que es la conciencia. La razon no es mas que la vista del bien, la conciencia es el sentimiento. La razon por sí sola hubiera sido débil contra la voluntad, porque ve solamente lo que existe, mientras la voluntad estima lo que le agrada. Si la razon le presenta objetos dignos de su amor, la voluntad los rechaza diciendo: « Haz lo que te convenga, ya estoy aquí en mi libertad, y amo y aborrezco lo que quiero y á quien quiero. » Y si la razon vuelve á la carga procurando vencer con sus importunidades, fatigada la voluntad de sus instancias, le dirá: « Me cansas, tu luz me es odiosa, te mando que la apartes de aquí; cierra tus ojos, aun cuando se ostenten delante de tí diez mil soles. » Entonces es cuando la conciencia acude en socorro de la razon contra la omnipotencia de la voluntad: no le consiente una soberanía apacible, antes bien le prueba por el remordimiento que el bien no es para ella un objeto extraño, sino un padre y un amigo; saca de su propio fondo una luz que la condena, un gusto de que mal podria desembarazarse, puesto que esa luz y ese gusto son ella misma. Por eso el desfreno de las pasiones nunca ha prevalecido en el mundo contra el sentimiento de lo bueno y de lo honesto, porque nunca las pasiones han gozado en paz de sus satisfacciones vergonzosas; al paso que, en lo mas recio de las persecuciones y de los dolores exteriores, ha encontrado el hombre de bien en su conciencia un inefable gozo. Una multitud de sofistas se han levantado contra la diferencia del bien y del mal, y algunas veces han engañado á la razon sin poder engañar á la conciencia.

Una vez reconocido el misterio del bien y del mal por la razon humana, no se pára aquí, no se contenta con saber que existe una diferencia entre el bien y el mal, siéndole forzoso deducir las consecuencias de este principio, y admitir todo aquello sin lo cual no existiria realmente entre el bien y el mal diferencia alguna. Así se prueba la existencia de Dios; porque si Dios no existe, si no hay una razon infinita y perfecta, una voluntad recta é incorruptible, que es la ley viva de todos los seres inteligentes, la naturaleza no es mas que el resultado de un mecanismo ciego, no hay mas legislacion que la necesidad matemática, y por consiguiente todas las acciones son indiferentes en sí, aun cuando puedan tener efectos diversos. El crimen no es mas que una piedra que mata, el acto de virtud no es mas que una piedra que al caer no hiere á nadie.

Así se prueba tambien la creacion del hombre y del universo por

Dios; porque si los seres finitos no tienen á Dios por autor, se deduce que reciben la vida de sí mismos, ó de alguna otra causa imperfecta, que no es ni Dios, ni nosotros. ¿Diréis acaso que nosotros mismos somos nuestra propia causa? Pero entonces no tenemos otras leyes que nuestra voluntad personal; todo lo que queremos es justo, todo lo que hacemos es bueno. Si la causa creadora no es ni Dios, ni nosotros, será algun poder inferior, como la materia, y entonces ¿con qué derecho puede decirse al hombre: Sé perfecto? ¡ Ah! sí, se puede decir al hombre, sé perfecto, cuando se añade: como tu Padre celestial es perfecto. Pero si ese Padre celestial no existe, si no tenemos mas que un padre terrestre y corrompido, ¿cómo podemos propender á la perfeccion? Si la causa que nos ha producido no vale mas que nosotros, con imitar su baja le rendimos homenaje. Si nuestro origen es la materia, mal podemos hacer otra cosa que arrastrarnos por el lodo, diciendo á los gusanos: Sois nuestros hermanos y nuestras hermanas. Cuanto mas descendamos á la tierra, mas veneraremos la causa de donde emanamos: conviene, pues, afirmar el dogma de la creacion para concebir la distincion del bien y del mal.

Conviene tambien afirmar la caida primitiva del hombre, porque nadie puede negar que nuestra naturaleza está corrompida, y que nos pide de continuo cosas viles. ¿Qué hemos hecho desde nuestro nacimiento mas que luchar sin cesar contra malos instintos? Ahora bien, notad la consecuencia de ellos. Si el origen de estos malos instintos existe en la constitucion del hombre, tal como ha salido de las manos de Dios; si nuestra naturaleza es lo que es, por sí misma, sin caida alguna, ¿hay cosa mejor que obedecer á su naturaleza? Si todos los seres siguen su ley, si la piedra cae porque esta es su naturaleza, si el animal paca la yerba porque esta es su naturaleza, si el pájaro vuela porque esta es su naturaleza, ¿por qué si la naturaleza nos ha dado inclinaciones groseras, no nos entregamos á ellas? ¿Hemos censurado á las bestias desprovistas de razon lo que hacen con tanta impudencia á nuestros ojos? No, porque son así formadas, y por el contrario vemos en eso un motivo de admiracion, pues cumplen á su modo los mandatos de la Providencia. Si, pues, nuestra naturaleza no ha caido, todo lo que quiere es justo y santo, y el crimen no existe. Acaso diréis que no hay necesidad de recurrir á la caida del hombre para explicar las inclinaciones que nos impelen al mal, y que la libertad moral basta. Pues bien, esa libertad es la que yo niego: vosotros sois libres, libres en

toda la extension de la palabra, así para el bien como para el mal; pero si poseyeseis la libertad moralmente en su plenitud y en su perfeccion, habria equilibrio entre los buenos y los malos instintos; seriais acaso arrastrados por los unos y por los otros con la misma fuerza: me engaño, os fijaríais en el bien fácilmente; habria posibilidad de que lo abandonaseis, si bien necesitaríais hacer un esfuerzo; pero ¿hacia qué lado nos inclinamos? ¿hacia qué lado necesitamos hacer esfuerzos, sino hacia el lado del bien? ¿Cuántos prodigios no ha hecho Dios para reanimar nuestra libertad *herida y debilitada*, segun la expresion del concilio de Trento? Es indudable que la lucha del bien y del mal, que existe en el fondo de nosotros mismos, supone que nuestra constitucion ha sido alterada, y que el hombre ha salido de un estado puro para caer en un estado de degradacion.

Pero esta degradacion no ha debido ser una degradacion sin remedio; porque si habiendo caido el hombre hubiera perdido toda esperanza de conseguir el bien, si estuviera separado para siempre del reino de la justicia, maldito y perdido, se deduce que el bien no seria para él mas que una quimera, y el mal su verdadero imperio, el único origen de sus goces reales. Ahora bien, no sucede de este modo; el hombre practica el bien con esperanza y alegría, aun despues de su caida: esta no le ha arrastrado hasta el fondo del abismo; no es irremediable, y la reparacion no solo es posible, sino que ha empezado desde el día de su caida, porque desde el día de su caida le ha quedado la conciencia del bien y el esfuerzo voluntario contra el mal.

Por último, la razon da testimonio tambien de la necesidad de un discernimiento supremo entre los buenos y los malos, entre los que han seguido la pendiente degradada de su sér, y los que han remontado afanosamente su curso por una aspiracion meritoria hácia Dios. Con efecto, si el bien y el mal no tuvieran ninguna consecuencia ulterior, y Dios no demandase cuenta á nadie, esa impassibilidad por su parte atestiguaría que es insensible al bien y al mal, y esa insensibilidad nos demostraria que no existe entre el uno y el otro diferencia alguna digna de atencion. Si Dios no ha de juzgarnos, ¿á qué juzgarnos nosotros mismos en nuestra conciencia? ¿por qué nos reconvenimos por lo que Dios no habia de reconvenirnos? ¿por qué desagradarnos á nosotros mismos, si no desagradamos á Dios? Cualquiera que fuese nuestra vida, cubierta de oprobio ó revestida de santidad, Dios nada tomaría en cuenta á la hora de la muerte, aceptaría nuestro corazon tal como fuese, y al miserable cuya mano no hubiéramos querido tocar en el mundo, le diría: Entra en mi eter-

nidad, tú eres bueno para ella, delante de mí nada pesan las buenas ó malas obras.

Ya lo veis, señores, la diferencia del bien y del mal, proclamada por la razon humana, trae consigo el reconocimiento de los cinco dogmas fundamentales del cristianismo : la existencia de Dios, la creacion, la caida, la reparacion y el juicio. Así, cuando los sofistas han querido negar la diferencia del bien y del mal, ¿qué han hecho? No han sido bastante osados para deciros á vosotros, séres dotados de razon y de conciencia : « Clavar un puñal en el seno de su madre, como hizo Neron, ó respetar á sus padres con un culto de amor y de respeto, son cosas semejantes. » Nunca, no, nunca, por corrompidos que seamos, ha habido bastante osadía para usar con nosotros ese lenguaje. Se ha tomado un rodeo; han sido atacados los dogmas fundamentales de la distincion del bien y del mal. Unos han negado la moral negando á Dios; otros suponiendo la materia ó el mal coeternos con Dios; otros demostrando que hallándose la naturaleza del hombre en su estado verdadero, é inclinándose al mal mas que al bien, el mal y el bien eran igualmente legítimos; estos suponiendo que Dios no se ocupaba de las acciones de los hombres, y que puesto que había permitido que su corazon se corrompiese hasta tal punto, era una locura pretender reparar con sus propias manos una obra de que la Providencia cuidaba tan poco; aquellos, en fin, negando el juicio vengador y remunerador. Nunca se ha podido responder solidamente á estos enemigos del orden moral mas que estableciendo los dogmas á cuya destruccion aspiraban.

Cuando poniéndose la razon divina en comunicacion con la razon humana, afirma que existe un Dios, que el mundo ha sido creado por él, que el hombre ha caido de su estado primitivo, que en su reparacion ha trabajado la Providencia, y que nos juzgará segun nuestras obras; afirmando la razon divina todo esto, nada dice de que no dé testimonio hasta cierto punto la razon humana. Son dos astros de diferentes magnitudes, que se encuentran y reunen su claridad y sus sombras. Sí, Señores, el cristianismo no es lo que os figurais acaso; no es una ley particular dada á algunos hombres en un rincon del globo, y esparcida despues en todos los lugares por la predicacion de la Iglesia. Independientemente de que el testimonio divino es tan antiguo como la humanidad, se debe confesar que el cristianismo es revelado á todo el que viene á la vida. Del cristianismo fué del que S. Juan dijo : *Era la luz verdadera que*

alumbra á todo hombre que viene á este mundo : en el mundo estaba, y el mundo por él fué hecho, y no le conoció el mundo : á los suyos vino, y los suyos no le recibieron (1). Cuando el cristianismo llama á la puerta de vuestra alma, ¡ ah ! no creais que sea un extranjero que os pide hospitalidad, no; llega al seno de una familia que es la suya, á una casa por él construida; sabe el rincon de vuestro corazon donde él ha dejado su huella. Así, cuando en la vida encontrais á un amigo de la infancia, y le conduéis á la casa, al jardin que habeis heredado de vuestros padres, lo reconoce todo, se acuerda de que aquí hicisteis tal cosa juntos, allí tuvisteis un mismo pensamiento, allá os dijisteis palabras de esas que el hombre no olvida nunca, y que lleva consigo hasta el sepulcro. Todavía sucede mas con el cristianismo, ¡ ah ! ; él es el amigo de la infancia, el amigo primero ! Aun antes de que esa mansion temporal de vuestro cuerpo estuviese terminada, había sembrado un germen en vuestro entendimiento. La sabiduría eterna, que desde el principio se complacia en la creacion, tocó vuestra alma, y con sus sagrados dedos trazó suavemente indelebles surcos. Y cuando venimos por la cosecha nosotros los amigos del amigo, los enviados del enviado, consiste nuestra fuerza en que sabemos poner la mano en los sitios fértiles de vuestra naturaleza; consiste en que sabemos encontrar esos vestigios ya inmemoriales en vosotros, pero cuyo secreto nos ha sido confiado. Nosotros os decimos : Reconoced á aquel á quien ya conociais; recibid á aquel á quien ya habeis recibido.

El cristianismo interior se revela á pesar vuestro en vuestros mismos actos. Cada vez que ejecutais una buena accion, aun cuando os creais incapaces de hacerla; cada vez que ejecutais una buena accion, afirmais los dogmas del cristianismo, haciéndoos sus involuntarios apóstoles. Cada vez que dais un vaso de agua á un pobre, aun cuando fúeseis el ateo mas declarado, afirmais que Dios existe; afirmais que Dios es criador y padre del mundo, desde las esferas del cielo; afirmais la culpa del hombre y la reparacion; afirmais que Dios no es indiferente al bien, que juzgará, y que en el día de su justicia será apreciado hasta un vaso de agua. ¡ Insensatos, ó mas bien infelices, atacais el cristianismo, y no advertís la contradiccion perpetua en que os hallais con vosotros mismos ! Cada una de vuestras buenas obras prueba la existencia del bien y del mal, y no podeis confesar la existencia del bien y del mal sin confesar las

(1) S. Juan, cap. 1, vers 9 y sig.

verdades cristianas, puesto que de ellas se derivan todas las demás verdades.

No, el cristianismo no es una doctrina que desciende en medio de los pueblos sin saber por qué, como esos aerólitos en torno de los cuales se reúnen los sabios y componen sistemas. No, ese aerólito del cristianismo no ha caído del cielo de una manera imprevista, pues estaba en nuestra conciencia. Así como la aguja tocada en el iman mira siempre al polo, á cualquiera distancia que se halle, del mismo modo existe en nuestro corazón un iman que le hace mirar hácia el lado del verdadero Norte, es decir, hácia Dios, el padre, el reparador, el santificador.

De todos modos, Señores, no debo ocultároslo, el testimonio divino ó la palabra de Dios no tiene mayor enemigo que la razón ó la sabiduría humana, y S. Pablo nos lo declara expresamente cuando dice: *La sabiduría de este mundo es locura delante de Dios... Dios conoce los pensamientos de los sabios, y sabe que son vanos* (1). ¿Y en qué consiste esto? ¿cómo es que la razón, que da un testimonio tan claro del misterio del bien y del mal, es una locura en aquellos que parecen poseerla en mas alto grado, y que son los sabios del mundo? Nadie puede negar que así acontece, no solo porque la Escritura lo dice, sino tambien porque la experiencia de todos los dias lo prueba. ¿No es vuestra razón la que protesta contra la doctrina sagrada? ¿No son los filósofos y los sabios los que la atacan hace tres siglos como la atacaron á su advenimiento? Si así sucede, ¿cuál es la causa?

Hay, Señores, una causa moral y una causa lógica.

Es verdad que la razón reconoce el misterio del bien y del mal, y los dogmas fundamentales; y si la reparacion del hombre, que es uno de estos dogmas, se hubiese consumado con el mismo esplendor que la creacion, es probable que la sabiduría humana hubiera reconocido mejor la sublimidad; mas plugo á Dios, que queria corregir la depravacion del hombre, imprimir á la obra de su reparacion un carácter lastimoso, ante el cual vinieran á perderse ó á humillarse su espíritu y sus sentidos. La cruz del Salvador; hé aquí lo que no han podido comprender ni los judíos, ni los gentiles, ni los que aguardaban al Mesías hacia siglos, ni aquellos á quienes no habia sido anunciado de una manera tan clara. Un Dios hecho hombre, doliente y moribundo, esa obra maestra del amor eterno, no ha encontrado

(1) 1^a. Epíst. á los Corint., cap. 3, vers. 19 y 20.

contradictores mas que en todos aquellos que no han querido humillar su orgullo ni sacrificar sus sentidos. Han excavado su razón para buscar allí resortes contra el amor crucificado. Ellos que hablan de continuo de la adhesión y de la inmolation de sí mismos, que honran al soldado que muere por su país y al filósofo que prefiere sus ideas á su vida, han dicho á Dios: Vos no debíais, no podíais morir por la humanidad.

Es una gloria, cristianos, de que no debemos perder la costumbre, la de vencer al mundo con resortes que no valen mas que los suyos. Habeis visto al principio de este siglo, al salir de los procónsules, seglares ilustres que han proclamado la verdad cristiana con una voz que no perecerá nunca, como la sangre de los mártires de Francia la habia proclamado con una voz que no perecerá tampoco. Y ahora cuando la muchedumbre empieza á estrecharse de nuevo alrededor de la cruz, ¿no advertís que los espíritus que tienen brillo se complacen en desertar del puesto que habian intentado defender con nosotros? ¿y sabeis la causa? Es que Dios no quiere que la verdad triunfe por medios humanos. Cuando todo ha caído en un pueblo, Dios envia hombres de genio para impedir que el error prescriba los derechos de la verdad; pero cuando la verdad aparece de nuevo, cuando la ola que parecia haberse retirado, vuelve y sube, y el grande ejército divino camina con mas seguro paso, entonces los hombres de genio abandonan espontáneamente las filas, de miedo que el porvenir engañado no les creyera autores de un movimiento del cual no eran mas que servidores y beneficiadores. ¡Cuántos han abdicado ya su gloria, y la única gloria posible en el día! Porque, Señores, me place revelaros, aunque de paso, este misterio: durante mil años no habrá glorias en Europa, mas que glorias cristianas. Y tambien os diré el motivo. Hay dos clases de gloria: la gloria de la destruccion y la de la edificacion. La primera es la de Atila y la de Mirabeau, la segunda la de Moisés y de Carlo Magno; y la una sucede á la otra. Cuando por espacio de un siglo se haya visto á hombres asediar el edificio de la verdad y labrarse con sus ruinas nombres inmortales; cuando todo se encuentre por tierra, las razas, las instituciones, las costumbres, la fe religiosa y la fe pública, y no se vean sobre el suelo desnudo y arrasado mas que sombras que se mueven y buscan, entonces, así como no se vive dentro de cenizas muertas, y conviene por lo menos soplar encima para hallar fuego, entonces ha llegado ya el momento de la gloria cristiana.

Hé dicho, Señores, que habia tambien una causa lógica de la

oposición de la razón humana al testimonio divino, y es que cada hombre se persuade de que tiene en sí la plenitud de la razón, la razón humana total: sin embargo, nada hay menos exacto. Cada hombre posee los primeros principios que son la base del entendimiento, y además la ley lógica en virtud de la cual deducimos las consecuencias encerradas en esos gérmenes primordiales. Hasta aquí la razón humana, depósito inalterable de la verdad, ó que por lo menos no se altera mas que por esa enfermedad intelectual llamada locura, fácil de ser reconocida, y último castigo de Dios contra el orgullo y el deleite. Pero las deducciones que sacamos de los primeros principios por el vuelo de nuestra actividad personal, no forman ya infaliblemente parte de la razón; son susceptibles de errores procedentes de nuestra educación, de nuestras pasiones, de la fuerza y de la debilidad de nuestro entendimiento, de las sociedades en que hemos vivido, en fin de mil circunstancias que varían hasta lo infinito, y que contribuyen á que ninguna razón sea perfectamente conforme á otra razón en la totalidad de lo que afirma y de lo que niega. Por consiguiente, Señores, cada hombre que protesta contra el testimonio divino, no le opone realmente la razón humana, sino una razón mas ó menos pura, mas ó menos viciada. De otro modo, sería forzoso decir que la razón humana se halla en contradicción consigo misma, puesto que con mi razón afirmo yo la verdad del cristianismo ó del testimonio divino, y tambien con vuestra razón lo negais vosotros; de donde se deduce que hay dos razones contradictorias, y que la una por lo menos no es la razón humana.

¿Sabeis lo que haceis cuando en nombre de la razón pronunciáis sentencias contra el cristianismo? Voy á deciroslo. Habeis estudiado algunas ciencias instrumentales, latin y griego, adquirido algunas nociones de física y de matemáticas, leído fragmentos de historia antigua y moderna, ojeado con placer alegatos mas ó menos ingeniosos contra el cristianismo; y con esta pequeña provision, llevada por vosotros veinte ó veinticinco años, os plantais sin miedo en frente de Jesucristo y su Iglesia para manifestarles que los proscribís de la razón humana. ¿Creeis que el cristianismo, ciertamente mas viejo que vosotros, que ha leído mas, que ha visto mas, que ha vivido mas que vosotros con la humanidad, no tendrá tanto derecho como vosotros para proscribir la razón?

Y de hecho el testimonio divino ha tenido cabalmente por objeto realzar vuestra razón debilitada, librándoos de la ignorancia y de

las pasiones, pues estas son las dos causas que disminuyen vuestra razón, que hacen que saqueis de los primeros principios del entendimiento deducciones falsas ó incompletas. Acaso preguntaréis dónde se encuentra la razón humana, y en qué signo se reconoce uno de sus fallos. Esta es, Señores, una cuestión grave, y que sin embargo puede resolverse en pocas palabras. Siendo la ignorancia y las pasiones las causas que quitan á nuestros juicios sus verdaderas relaciones con los primeros principios, se deduce que siempre que haya seguridades bastantes contra la ignorancia y las pasiones, hay derecho de afirmar la exactitud de sus juicios. Por eso, aun hablando humanamente, la Iglesia católica es la mas alta razón que existe sobre la tierra, porque ella es el cuerpo en que la ciencia y la virtud se han producido con mas brillantez, y nos asiste derecho para decir que nadie llega á la edad completa de razón sino por su entrada en la Iglesia y su adhesión al testimonio divino, de que ella es depositaria. El cristiano es una criatura elevada á la plena razón, á la edad de Cristo, como dice elocuentemente S. Pablo. Hasta aquí la razón humana reside en nosotros en el estado de la infancia, gira á todos vientos, lo cree todo, toma por realidades sus ilusiones; pero cuando llega por la Iglesia á la luz divina, se esclarece, se fortifica, se dilata: ve sabiduría en lo que creía locura, y locura en lo que creía sabiduría; ve la unidad de la razón divina y de la razón humana, como nuestros ojos ven aquí bajo la unidad del astro y del rayo luminoso.

Ya no os extrañará, Señores, observar estas dos cosas contradictorias en la apariencia, á saber: que la razón humana está de acuerdo con el testimonio divino, y que el testimonio divino no tiene mayor adversario que la razón humana. En el estado de infancia la razón humana se opone á Dios; en el estado viril, le reconoce y le adora. Llegad al estado viril, Señores, á la edad de Cristo: no seais hasta el sepulcro como aquellos griegos espirituales y siempre jóvenes, de los cuales decian á Solon cuando visitaba los santuarios de Egipto: « ¡O Solon, Solon! vosotros los Griegos no sois mas que niños, porque no teneis ciencia emblanquecida por el tiempo. » Ni aun el tiempo basta, Señores, para emblanquecer la ciencia; solo la virtud con el auxilio de la eternidad lo consigue. Aspirad á ambas cosas; ambas son de vuestra edad, porque vuestra edad es una edad de fe y de amor.